

LA PATRIA DEL CRIOLLO. TRES DÉCADAS DESPUÉS

Carlos Figueroa Ibarra*

La patria del criollo. Tres décadas después, Oscar Guillermo Pélaez Almengor (comp.), Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala CA, 2000.

Recientemente se ha editado en Guatemala *La patria del criollo. Tres décadas después*, compilado por Oscar Peláez Almengor, que conmemora los treinta años de la primera publicación de *La patria del criollo*, obra de Severo Martínez Peláez, notable historiador latinoamericano quien además fuera, los últimos 18 años de su vida, profesor investigador de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, y particularmente de nuestro Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades. Todos los que quisimos y admiramos a Severo no podemos sino agradecer a la Editorial de la Universidad de San Carlos de Guatemala, el que hoy nos entregue una magnífica edición, con un espléndido retrato de Severo, de un texto que conmemora la grata fecha en que fue publicado un libro que significó un parteaguas en la historia intelectual de Centroamérica y que, sin que éste fuera el propósito del autor, se ubicó en el centro de la polémica de la historia y sociología latinoamericanas de los años setenta y ochenta.

Lo más estimulante del libro compilado por Óscar Peláez Almengor es que ofrece al lector una imagen integral de la personalidad, obra y vida de Severo Martínez. Los diversos capítulos que constituyen al texto, escritos independientemente por sus autores, repiten en varias ocasiones los hechos más memorables de la vida de Severo, los rasgos más relevantes de su inolvidable personalidad, y los que a juicio de ellos, son las luces y

* Investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Profesor del Posgrado en Sociología del ICSyH.

Bajo el Volcán

sombras de su notable libro. Y sin embargo, pese a lo anterior, en su conjunto y desde diferentes perspectivas, los autores ofrecen al lector el conjunto multidimensional y multifacético de un hombre que fue excepcional.

Así el libro, a través de análisis y testimonios, nos presenta no solamente al historiador, al profesor universitario, al tutor de adolescentes aporreados, sino también al militante comunista. He aquí una de las virtudes del libro que comentamos, puesto que buena parte de la vida y la obra de Severo, resulta inexplicable sin su vinculación al Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) en particular, y al movimiento revolucionario guatemalteco en general. Detrás de *La patria del criollo* y de su inconcluso *Motines de indios* (editado por primera vez por el Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de nuestra universidad en los años ochenta), se encuentra la revolución en Guatemala en octubre de 1944, el derrocamiento de Arbenz, los años de persecución, cárcel y exilio en México y España, la crítica al orden excluyente reproducido por las dictaduras militares. Más allá de su carácter científico, como lo plantea Edgar Ruano, uno de los coautores del libro compilado por Peláez Almengor, la obra de Severo tuvo también un carácter político. En efecto, su obra no puede desvincularse del clima ideológico de la izquierda guatemalteca en buena parte de la segunda mitad del siglo XX. Tampoco de los riesgos mortales que implicó en todos esos años el compromiso político revolucionario.

Sin embargo, así como no es posible el reduccionismo academicista en el análisis de la gestación de *La patria del criollo*, tampoco es posible el reduccionismo político e ideológico en dicho análisis. En el libro que hoy estamos comentando, los artículos de Óscar Peláez Almengor y Edgar Ruano Najarro nos informan de las corrientes de pensamiento y trabajos de contenido histórico de los cuales Severo fue tributario para poder escribir su magna obra. Enrique Gordillo Castillo recrea el ambiente de discusión en las ciencias sociales que precedió y rodeó al surgimiento de *La patria del criollo*. Eduardo Velázquez Carrera ubica a la obra de Severo en el contexto latinoamericano y guatemalteco de discusión sobre la naturaleza del orden colonial y el surgimiento del desarrollo capitalista. Oscar Peláez y Asturias Rudeke mencionan a José Carlos Mariátegui como una de estas fuentes, mientras que acaso con mayor propiedad, en su artículo,

Julio Pinto Soria resalta la relación conflictiva, tensional, que el pensamiento de Severo tuvo con el de Mariátegui. En el libro se encuentra también un largo ensayo de Edelberto Cifuentes Medina acerca de la vida y obra de Severo. Edelberto se encuentra embarcado en la elaboración de una biografía de Severo que promete mucho, si partimos en esta expectativa, de lo que hemos leído en su trabajo.

Esto nos lleva a otra de las virtudes del libro que hoy comentamos. Éste ha reunido a un grupo de personas que tuvimos relación con la vida o con la obra de Severo o con ambas. Estamos un grupo de personas que lo admiramos y quisimos, incluso se encuentran personas con las cuales el historiador tuvo desencuentros. Pero admiración y desencuentros no impiden que predomine la admiración, ni tampoco impide que hoy veamos a *La patria del criollo* con la serenidad que da la distancia del tiempo. Óscar Peláez no vacila en hacer la controversial afirmación de que el marxismo *estalinista* es una de las fuentes de las cuales abreva la obra de Severo. Eduardo Velázquez recoge en su trabajo las diversas críticas que a la misma se le hicieron. El artículo de Iván Molina Jiménez es particularmente agudo en cuanto a sus virtudes y defectos, y en relación con las razones por las cuales por encima de dichos defectos, *La patria del criollo* será un clásico de la historiografía latinoamericana. No es el libro compilado por Óscar Peláez una vulgar apología, ni una sarta de sahumeros.

Al ver la obra en su conjunto, con lo importantes que resultan ser todos los trabajos que lo integran, acaso por razones emotivas, yo me quedaría con las dos o tres páginas que escribió Marco Augusto Quiroa, uno de los grandes pintores guatemaltecos. Marco Augusto relata en ellas, cómo fue que le regaló una de sus pinturas a Severo. Dicho sea de paso, el cuadro de Quiroa, "El Puente de los Chocoyos", una naturaleza muerta que tiene como fondo una calle y un puente de la ciudad de Quezaltenango, aún está colgado en una de las paredes de la casa en Puebla, que fue de Severo y de su esposa Beatriz. Siendo quezaltecos ambos, las personalidades de Severo y Marco Augusto fueron diametralmente distintas. Severo fue circunspecto, formal, y como lo recuerda el arqueólogo Carlos Navarrete, con un limitado sentido del humor. Marco Augusto es desenfadado, desinhibido, bromista y francote.

BAJO EL VOLCÁN

Pero ambos tuvieron la fortuna de ser dotados de un extraordinario genio creativo. Basta ver el sucinto y preciso retrato de Severo que hace en su breve texto, para estar de acuerdo con la dedicatoria que éste escribió, en el ejemplar de *La patria del criollo* que le regaló al gran pintor: “Algunas de mis mejores páginas se parecen a algunos de sus mejores cuadros”.

Fue Severo Martínez Peláez un artesano historiador en el mejor sentido de la palabra. En el sentido en el que C. Wright Mills lo usó en su indispensable libro *La imaginación sociológica*. Casi puedo adivinar el tipo de la vieja máquina de escribir que aporreaba en su oficina en los altos de la Casa Presno del centro de la ciudad de Puebla, cuando leo que Severo mismo se definió así en una carta escrita en 1984 al fantasma de su padre, muerto muchos años atrás:

Vocación de mago, de brujo, de artesano que con viejos relatos y antiguas noticias –extraña materia prima de su oficio–, labra señales y mensajes en páginas donde aparecen vivas muchas vidas que se suponían muertas; artesano que en el silencio de su taller escucha voceríos y fiestas y duelos que llegan como ecos rebasando cumbres y siglos, y que con voces y sudores y agonías de seres que existieron compone lecciones

(Si algún lector está interesado en obtener este libro puede dirigirse a F&G Editores a través de [fgeditor guate.net](mailto:fgeditor@guate.net))